

Historia del arte español

Ernesto Ballesteros Arranz



3

Arquitectura de la
España romana

Lectulandia

Como resultado directo de la conquista de la Península Ibérica por las legiones romanas, la romanización se inicia desde el primer momento, se acentúa durante el Imperio, o sea, desde el año 19 a. de J.C. en adelante, y se completa, por influjo del Cristianismo, en los siglos III y IV de nuestra Era.

Lectulandia

Ernesto Ballesteros Arranz

Arquitectura de la España romana

Historia del arte español - 3

ePub r1.0

Titivillus 03.09.2017

Título original: *Arquitectura de la España romana*
Ernesto Ballesteros Arranz, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Arquitectura de la España romana

«Este llano fue plaza, allí fue templo; de todo apenas quedan señales: del gimnasio y las termas regaladas leves vuelan las cenizas desdichadas.»

RODRIGO CARO (1573-1647)
Canción a las ruinas de Itálica

El arte romano puede considerarse en general como una continuación del griego y por tanto su influencia en el arte español también es una prolongación de los helenos. Presenta su mayor originalidad en la arquitectura, no sólo por sus aportaciones técnicas sino por sus estilos que aunque continúan a los helenos muestran una fuerte originalidad en comparación con las otras artes. En cambio en escultura y pintura no puede decirse que los romanos presenten grandes innovaciones. El mosaico, en cambio, si es un campo en el que brillan con fulgor desconocido por culturas anteriores. Hay que decir que también beben los romanos de sus antecesores etruscos, pero estos mismos también tienen una gran deuda con el arte helénico por lo que al fin y al cabo terminamos en la misma cuenta.

Las construcciones hispano-romanas son semejantes a las de los otros lugares del Imperio. Se construyen anfiteatros, como los de Mérida o Itálica, circos como el de Sagunto, baños públicos como las Caldes de Malavella o los espléndidos de Alange, acueductos como el de Segovia, Puentes como el de Alcántara, Arcos de Triunfo como el de Medinaceli, monumentos funerarios como los de Fabara o Sádaba, y tantos y tantos otros como vamos a repasar en la presente serie. Algunos, como el Teatro de Mérida o el Acueducto de Segovia, en excelente estado de conservación después de casi dos mil años, lo que demuestra la firmeza y calidad de sus construcciones arquitectónicas, semejantes a sus incomparables vías o carreteras que surcan toda la península lo mismo que gran parte de Europa y que consiguieron mantener en pie un Imperio económico y militar, como el romano, durante más de cuatro siglos.

La escultura presenta la novedad del realismo que es lo que la distingue de la griega,

sobre todo en el arte de los retratos masculinos y femeninos, de los que se han encontrado buenos ejemplares en el territorio peninsular. El mosaico fue otra de las obras en las que los romanos destacaron notablemente de los helenos, y en Hispania nos han quedado varias muestras de los mismos. También la cerámica nos ha dejado ejemplares que presentan cierta originalidad frente a la de los helenos y que se fabricaron en muchos talleres de Hispania como apuntamos en los ejemplares que hemos tenido que citar.

Sin más preámbulos, vamos a intentar describir las mejores obras artísticas que nos han quedado de la Hispania romana y comenzaremos por señalar las «civitates» más afortunadas en donde se han encontrado.

1. La romanización de Hispania

Como resultado directo de la conquista de la Península Ibérica por las legiones romanas, la romanización se inicia desde el primer momento y se acentúa durante el Imperio, o sea, desde el año 19 a. de J.C. en adelante, y se completa, por influjo del Cristianismo, en los siglos III y IV de nuestra Era. Desde que en el 218 a. de J.C. Cneo Scipión desembarcó en Ampurias para luchar contra los cartagineses, iniciando así la conquista de Hispania, Roma ya no cesó en su empeño de convertirla en una provincia más del vasto territorio que tenía a Roma por centro y capital.



Junto a la religión, la lengua y las costumbres, llegaron a la Península nuevas formas artísticas con un perfecto dominio de la técnica y de los materiales, hasta el punto de que en el territorio hispano se alzaron construcciones iguales, y a veces superiores, a las de la misma Italia.

La primitiva división territorial establecida en Hispania por los romanos fue de dos provincias, Citerior y Ulterior, cuya primera línea divisoria se fijó en el río Ebro. En tiempos de Augusto, la Ulterior se fraccionó en otras dos, Lusitania y Bética, mientras que la Citerior recibió el nombre de Tarraconense. Hacia el 212 de nuestra Era, Caracalla creó la nueva provincia de Gallaecia y, años más tarde, Diocleciano

establecía la Cartaginense.

Dentro de estas provincias existieron ciudades destacadas por su elevado nivel de romanización e importancia política, de entre las que destacan Corduba (Córdoba), Astigi (Ecija) e Hispalis (Sevilla), en la Bética; Cartago Nova (Cartagena), Tarraco (Tarragona), Cesaraugusta (Zaragoza), Astúrica (Astorga), Lucus (Lugo) y Bracara (Braga), en la Tarraconense; y Emerita (Mérida), Pax Augusta (Beja) y Scallabis (Santarem), en la Lusitania. Ciudades todas estas que estaban comunicadas entre sí con Roma y los puertos del litoral por una vasta red de calzadas, a las que nos referiremos más ampliamente.

Los romanos, al igual que los griegos, usaron la arquitectura arquitebada; pero no dejaron de utilizar el arco, ni de emplear la bóveda y la cúpula para cubrir los edificios de grandes proporciones. Con gran sentido práctico -más como ingenieros que como artistas-, acomodaron estos sistemas a sus necesidades y los combinaron, llegando a crear una arquitectura nueva, eminentemente romana. De esta arquitectura típicamente romana, España, tan romanizada, conserva muestras que, aunque corresponden, por lo general, a los dos siglos primeros del Imperio, permiten seguir la evolución de la técnica arquitectónica romana. Los materiales empleados fueron, con preferencia, la piedra y el mármol, pero usaron asimismo el ladrillo y el adobe, a los que vino a unirse el «opus caementicum», una especie de cemento hidráulico de tierra y cal, mezclado con cantos y guijarros que, una vez fraguado, se empleaba para rellenar la parte interior de los muros revestidos de sillaría por el exterior. También utilizaron los romanos los órdenes clásicos de los griegos, aunque con algunas variantes, y a los tres ya conocidos (dórico, jónico y corintio), añadieron el toscano y el compuesto.

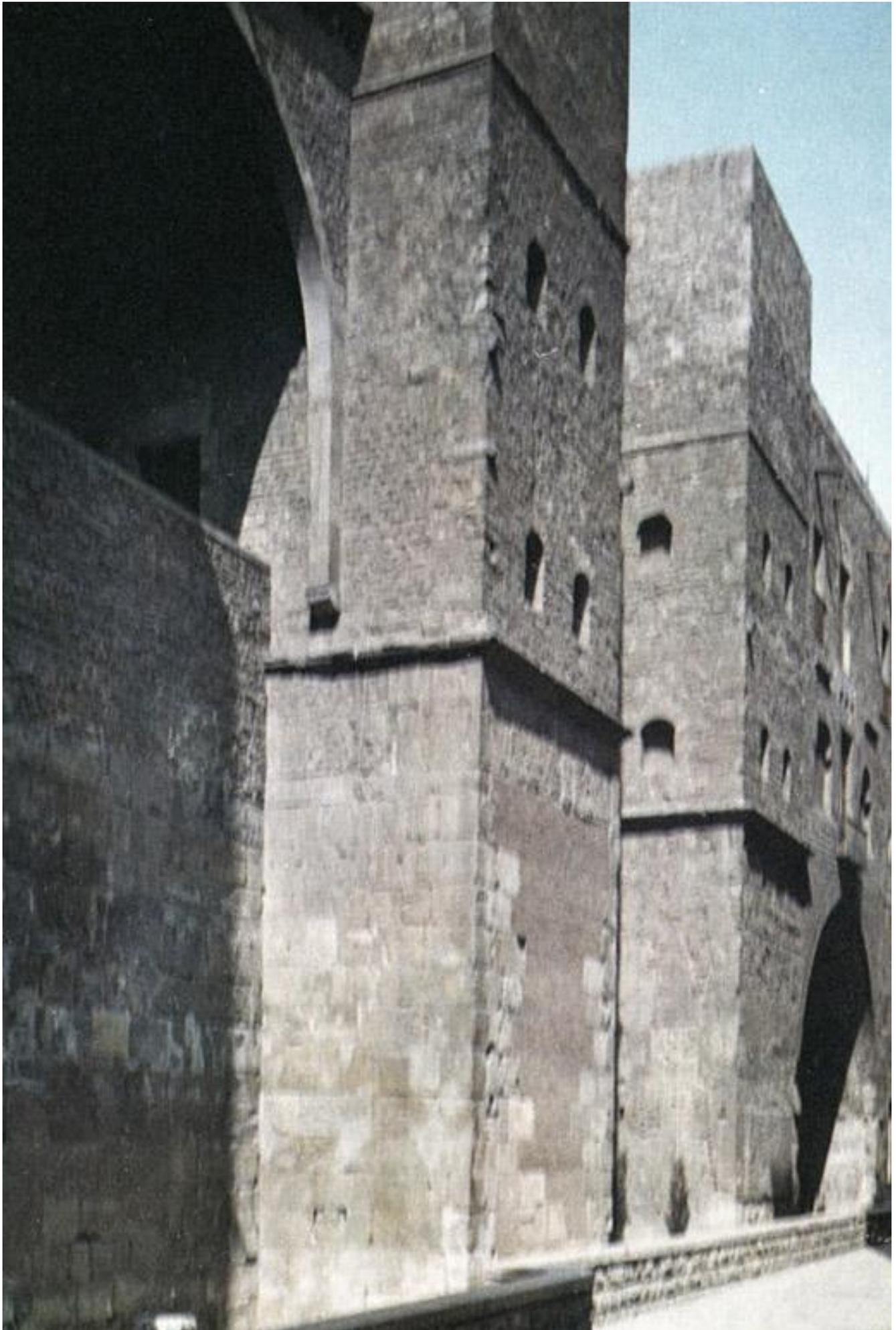
2. Murallas de Tarragona

Para la defensa de puntos estratégicos y de sus ciudades construyeron los romanos murallas y torres, de las que, aunque no se conserva mucho, lo que conocemos sirve para apreciar su importancia y su sistema constructivo. Las murallas de Tarraco (Tarragona) son en gran parte del aparejo ciclópeo y fueron construidas por los romanos a fines del S. III a J.C., probablemente en tiempos de los Escipiones, lo mismo que las de Gerona y Ampurias. La base de las murallas tarraconenses, de tipo ciclópeo, es de lo más impresionante que puede contemplarse por la técnica de su construcción, a base de grandes bloques de piedra sin labrar, algunos de los cuales alcanzan los tres metros de ancho por cuatro de largo, y pasan de las tres toneladas y media de peso. Especial mención merecen las cinco puertas ciclópeas que se conservan. Sobre esta obra ciclópea, que se atribuyó anteriormente a etruscos e ibéricos, se conservan algunos lienzos más típicamente romanos, contruidos con sillares almohadillados en forma de paralelepípedo. Esta diferencia de aparejo puede provenir de un cambio de concepto, mientras se construía la muralla, o del deseo de evitar una cimentación profunda por la utilización de ese poderoso basamento. La primitiva longitud de la muralla era de unos cuatro kilómetros, de los que se conserva en la actualidad aproximadamente uno.



3. Murallas de Barcelona

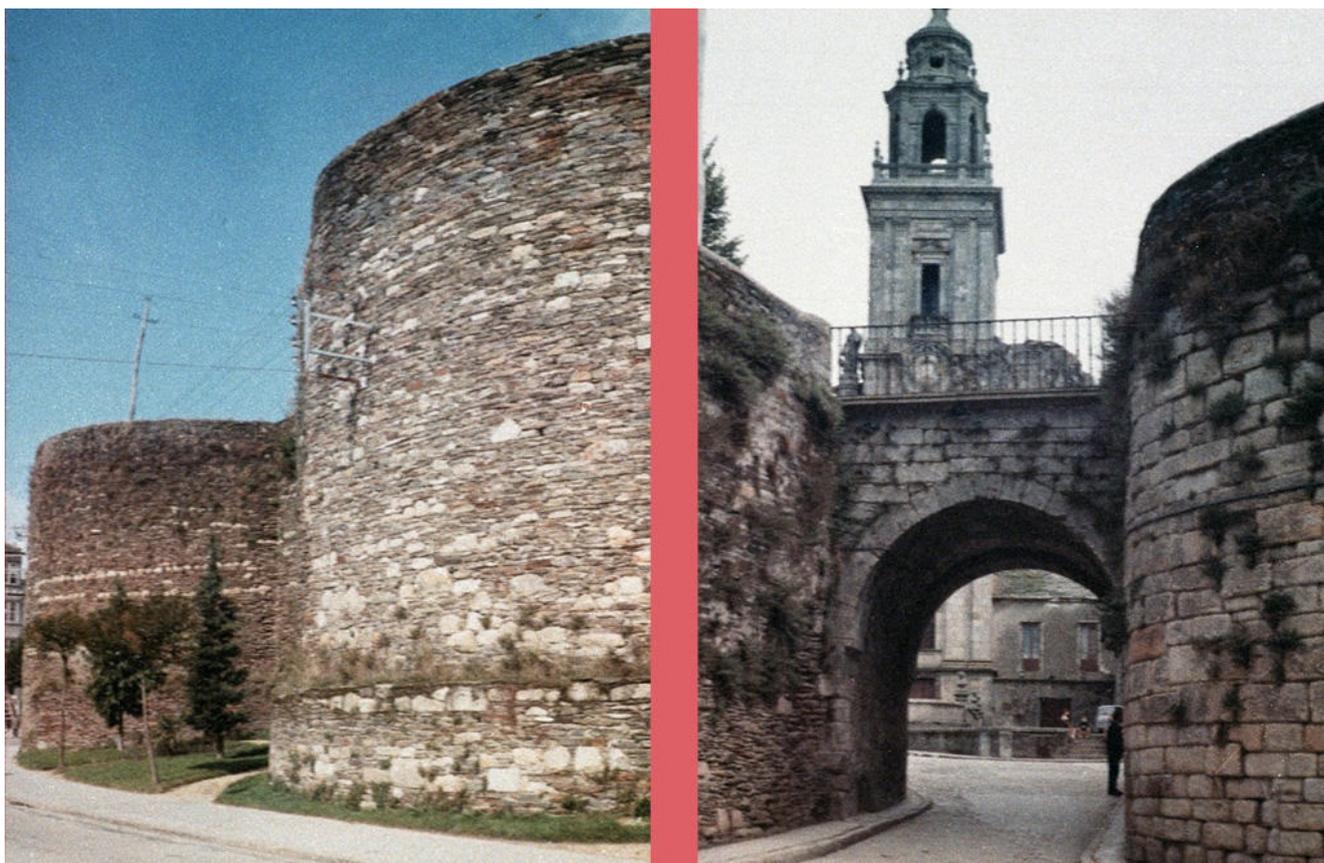
Del recinto fortificado de Barcelona, la Colonia Faventina Julia Augusta Barcino, cuyo trazado cuadrilongo ha sido posible reconstruir, se conservan las dos torres semicilíndricas de sillería, que flanqueaban la puerta pretoria y algunos lienzos de la muralla del lado norte.



También se conservan restos de las murallas de Ercávica (Cabeza de Griego, Cuenca), Numancia y Ocilis (Medinaceli, Soria). En Mérida se aprecian restos del antiguo recinto, al igual que en Cáceres, Coimbra y Coria (la romana Caurium).

4. Murallas de Lugo

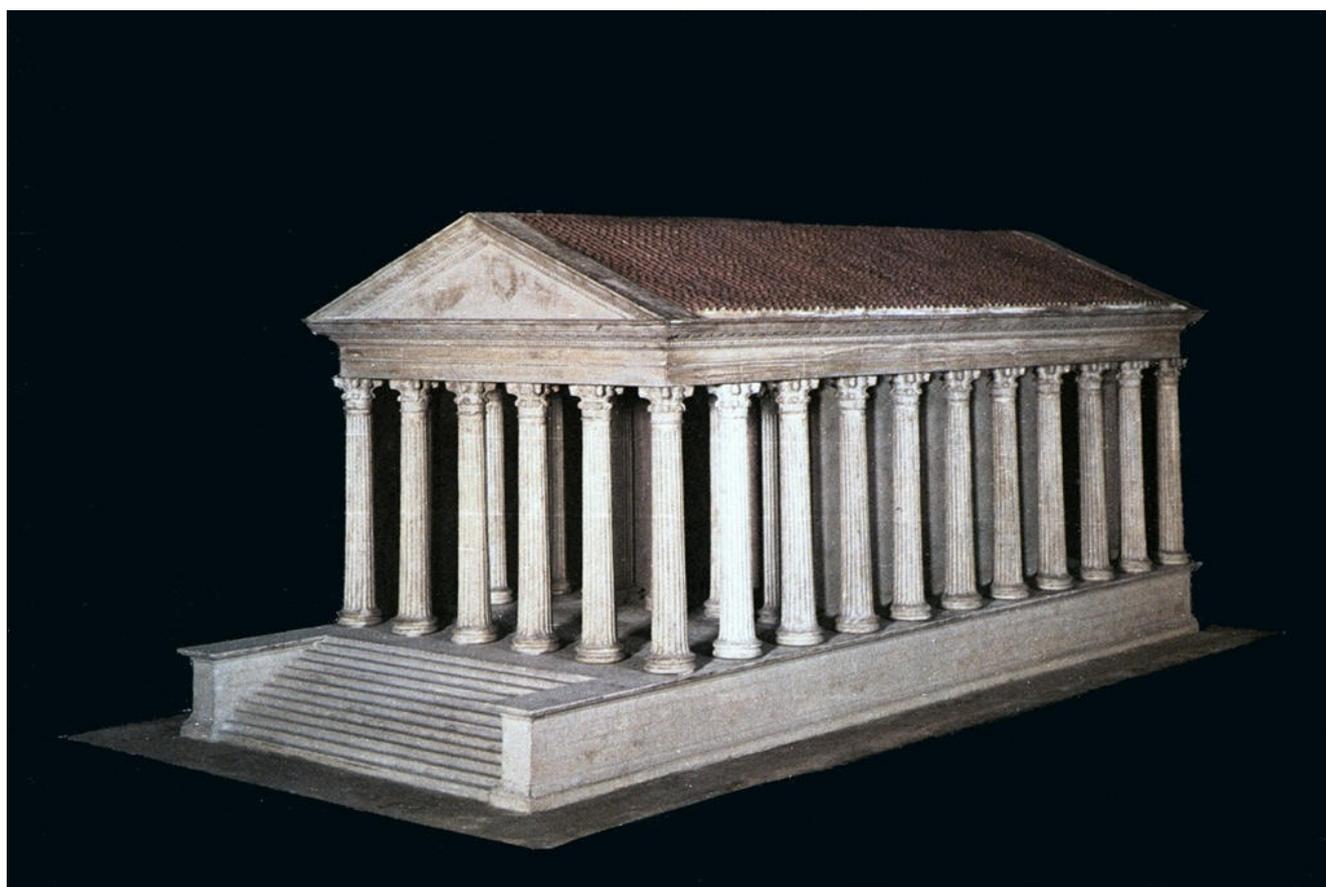
Pero el recinto romano más completo e interesante de España es el de Lucus (Lugo), en forma de elipse irregular de más de dos kilómetros de perímetro; el lienzo de muralla, de un espesor de seis metros y oscilando su altura entre 11 y 14 metros, se interrumpe por torres semicilíndricas, en número de setenta.



Las murallas de León, con sus torres, dan también una idea de lo que fue el campamento de la Legio VII Gemina, que dio origen a la ciudad.

5. Templo de Augusto. Barcelona

En toda ciudad, grande o pequeña, existía una serie de edificios destinados unos a servicios administrativos, otros, a viviendas particulares; éstos, al culto, y aquéllos, a los espectáculos. Las casas estaban formadas por un gran atrio con hueco para la recogida de las lluvias (compluvium), al que daban las habitaciones laterales (alae), la gran sala de recibimiento (tablinium), el comedor (triclinium) y un patio con columnas en torno (peristylum).



Pero el centro de la vida urbana era el foro, que estaba enclavado en el cruce de las vías principales (cardo o longitudinal, y decumana o transversal), y en torno al que se alzaron las curias para la administración de justicia, las basílicas para la contratación, los templos dedicados a las divinidades protectoras, y las «tabernas» o tiendas de los comerciantes. En España no se conservan foros, aunque quedan algunos restos de los de Tarragona, Clunia, Ampurias e Ilíberis.

El templo romano, como el griego, era generalmente de planta rectangular, pero ambos se distinguen en que el basamento griego es una plataforma baja con sus cuatro lados escalonados, mientras que el romano consiste en un estilóbato o podium

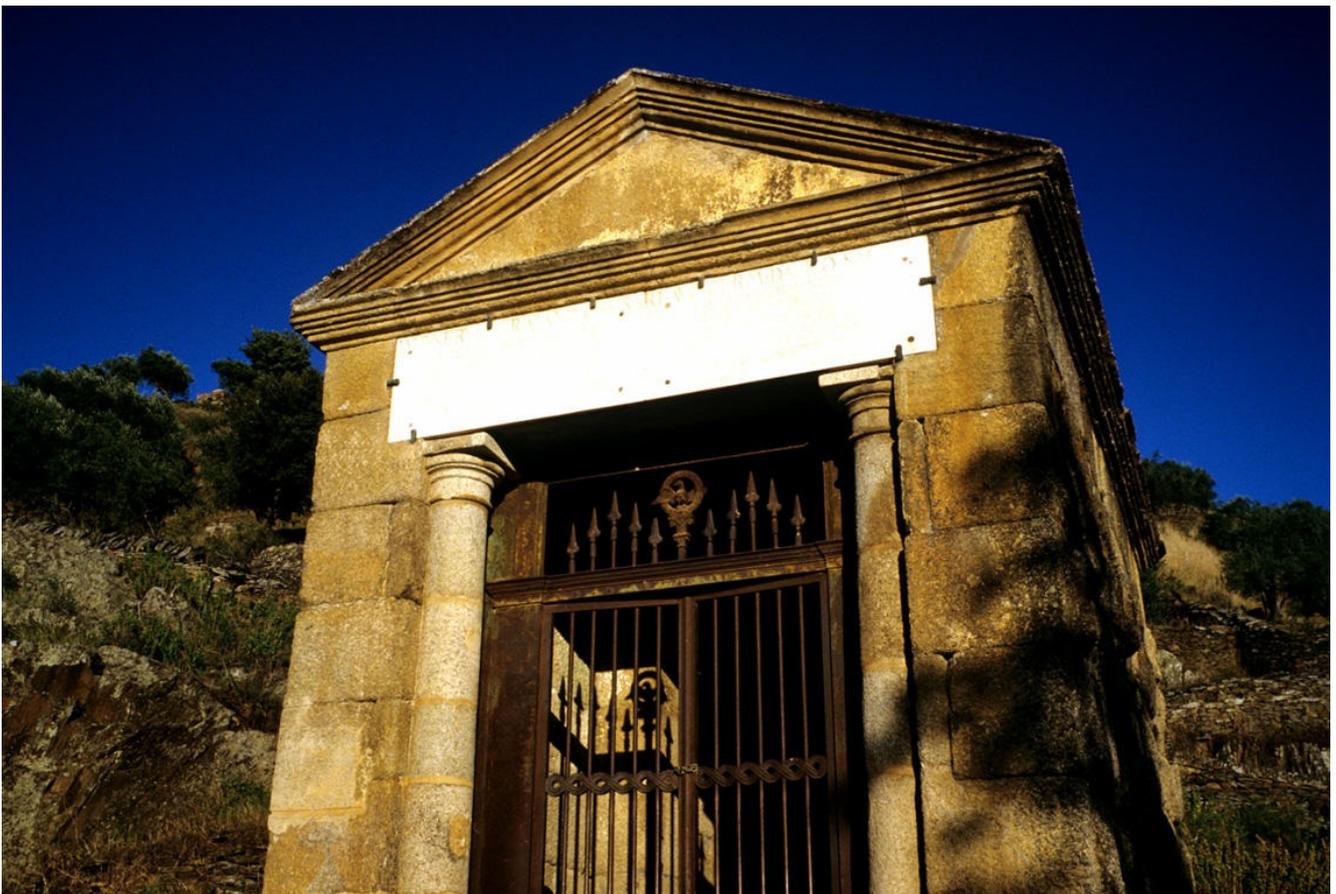
elevado, con escalinata de acceso sólo por el frente anterior. La mitad de la superficie del templo la ocupa la cella o santuario, a veces dividido en tres partes si estaba consagrado el templo a la Tríada Capitolina (Júpiter, Juno y Minerva), mientras que el resto del edificio lo formaba el pórtico, de mayor superficie que en los templos griegos, y la escalinata.

En la Tarraconense hubo templos de gran importancia, como los de Júpiter y Augusto, en Tarragona el de Vich (la romana Ausa), o el de Diana, en Sagunto.

En Barcelona se conservan restos de un importantísimo templo, cuya dedicación todavía hoy es desconocida. Estuvo situado en la parte alta de la ciudad, detrás de donde ahora se alza el ábside de la catedral, y era hexástilo períptero (seis columnas en el frente y once a los lados), todas ellas de orden corintio. Con las tres columnas que se conservaban intactas, con su correspondiente entablamento, y otras ya desaparecidas, en 1836 el arquitecto don Antonio Celles pudo dibujar la planta y alzado del mencionado templo, que podemos observar en la maqueta adjunta.

6. Edículo a la entrada del Puente de Alcántara. Cáceres

Uno de los pocos ejemplares de arquitectura religiosa o votiva que nos han quedado es este sencillo monumento, que se halla a la entrada del famoso puente de Alcántara, en la provincia de Cáceres. Sobre el dintel, una inscripción nos dice que el puente fue construido por Cayo Julio Lacer, bajo los auspicios de Trajano, entre los años 105-106 d. J.C. Estos templos votivos no son escasos en la arquitectura romana. El que aquí tenemos es un sencillo ejemplar de los llamados «in antis» o desprovistos de columnata en torno. Las dos columnas frontales soportan un dintel y un frontón clásico, en cuyo tímpano quizá hubo un relieve ahora perdido. Los templos romanos tenían un basamento o «podium» al que se ascendía por una escalinata central. Este sencillo y típico ejemplar ilustra perfectamente una época de la arquitectura hispano romana.



7. Templo de Marte en Mérida

En la Bética son menos abundantes los restos de templos romanos, pero hay constancia de que los hubo en Itálica, Baelo (Bolonia, cerca de Tarifa), Hispalis (Sevilla) y Urso (Osuna). En la Lusitania se hallan restos mejor conservados; en Mérida los hay de cinco templos, aunque tan sólo uno se encuentra en buen estado: el llamado de Diana, que hubo de ser en principio un templo de orden corintio, próstilo (con columnas en el pórtico), hexástilo (seis columnas) y períptero (rodeado de columnas). El de Marte, más pequeño que el anterior, era más rico en proporciones y materiales, pero de él solamente se conservan algunos elementos, que fueron aprovechados en el S. XVII para componer el pórtico de una iglesia cristiana. En Evora se mantienen en pie algunos elementos del templo romano llamado de Diana. En la provincia de Cáceres se conservan los de Augustóbriga (Talavera la Vieja), Fuentidueña (Plasencia) y Alcántara.



8. Anfiteatro de Itálica. (Vista general)

Los espectáculos más brillantes del mundo romano eran las carreras de carros o caballos, los combates de gladiadores y de fieras y las representaciones dramáticas. Para esos espectáculos se construyeron edificios adecuados, tales como el circo, el anfiteatro y el teatro, respectivamente. A pesar de que, por su gran superficie, queda muy poco de los circos, sabemos que eran construcciones de planta oblonga, con las «carceres» o pequeños compartimentos para los carros en un extremo y, en el centro, la arena, que estaba dividida en dos partes irregulares por la spina, muro de poca elevación sobre el que se alzaban los monumentos, estatuas y obeliscos, y rodeada por la cavea o graderío para los espectadores. En España hubo circos en Mérida, Toledo Tarragona, Sagunto y Calagurris (Calahorra).

Los anfiteatros, de planta elipsoide, consisten en un doble teatro con la «cavea» subdividida para el público, y la arena en el centro, con foso y construcciones subterráneas para los luchadores y las fieras. Hubo anfiteatros en las tres provincias principales: los de Tarragona (la antigua Colonia Julia Victrix Triumphalis Tarraco), Barcelona, Cartagena, Cabeza del Griego, Calahorra y Toledo, en la Tarraconense; en la Bética, los de Córdoba, Baelo, Carmona e Itálica; y en la Lusitania, los de Mérida y Caparra. Los más importantes, sobre todo por lo que de ellos perdura, son los de Itálica y Mérida.



9. Anfiteatro de Itálica. (Ambulatorios)

El anfiteatro de Itálica, cerca de Sevilla, figuraba en el cuarto lugar en la lista de todos los del Imperio en cuanto a dimensiones, precedido tan sólo por los de Puzzoli, el famoso Coliseo de Roma, y el de Capua. Las dimensiones de su elipse eran 156 y 134 metros, y los de la arena, 71 y 45 mts. Fue construido entre dos colinas, entre las que quedaban enfiladas las dos grandes puertas. Tras de los asientos preferentes, reservados para los magistrados y personajes principales, estaba la «prima cavea», destinada a los caballeros, que accedían a estas gradas por los «vomitoria» o entradas; detrás, y a continuación del «praecincto» o espacio libre para el paso de los espectadores, estaba la cavea media, y, finalmente, la «summa cavea», destinada al pueblo. En la arena se ha descubierto la «fossa», de forma cuadrada y prolongada por dos galerías que tenían acceso mediante rampas desde las galerías interiores; por la «fossa» accedían a la arena los gladiadores o las fieras, al igual que servía para retirar sus restos. La construcción de este colosal monumento de ladrillo y hormigón, revestido de sillería y mármoles, se atribuye al emperador Trajano (98-117 de nuestra Era), natural de la propia ciudad de Itálica.



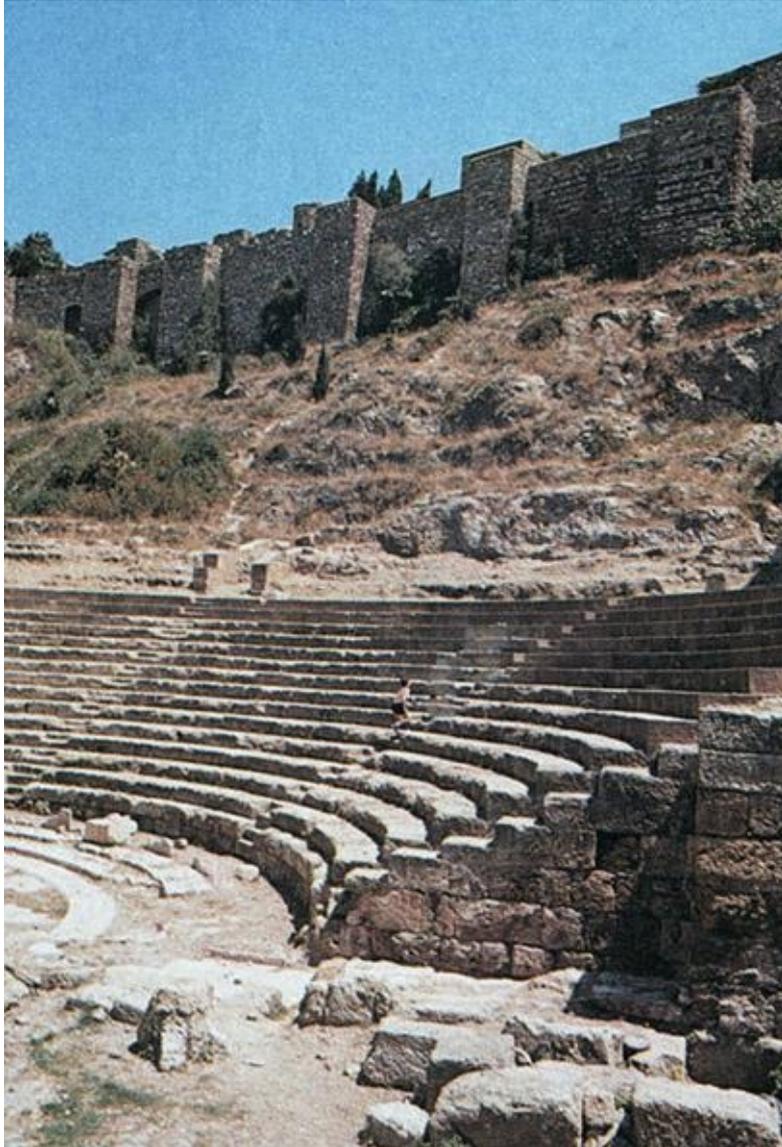
10. Anfiteatro de Mérida

El anfiteatro de Mérida resulta un poco más pequeño que el de Itálica. Fue construido en buena parte aprovechando un cerro, vaciado donde convenía y cortado para abrir las 16 galerías de entrada, dispuestas de forma radial. Erróneamente fue considerado como una «naumachia», o sea, lugar para celebrar combates acuáticos. Se calcula su capacidad en unos quince mil espectadores. Por las inscripciones conservadas se deduce que fue construido bajo el imperio de Augusto, en la segunda mitad del año 8 a.J.C



11. Teatro de Málaga

Los teatros romanos son en España muy numerosos, y sus ruinas mucho más importantes que las de los circos y anfiteatros. La mayoría se construyeron al estilo griego, es decir, aprovechando un declive del terreno para establecer la gradería, aunque otras veces ésta se asienta sobre una estructura abovedada.



En la Tarraconense se conocen los de Tarragona, Sagunto, Clunia, Bílbilis (Calatayud), Uxama (Osma) y Toledo. En la Bética se construyeron los de Sevilla, Singilis Bárbara (Antequera), Málaga, Baelo y Acinipo. En la Lusitania, los de Medellín, Mérida y Olisipo (Lisboa). Pero de la mayoría de estos teatros es poco lo que se conserva.

12. Teatro de Mérida

El teatro de Mérida fue, sin duda, el mejor de España y uno de los mejores del mundo. Fue construido durante el tercer consulado de Agripa, hacia el año 18 a.J.C. Su diámetro total es de 86 metros y tenía capacidad para 5.500 espectadores.



La «orchestra», semicircular, y no circular como en los teatros griegos, era la parte situada entre la escena y los graderíos; estaba pavimentada con mármoles y circundada por tres gradas para los asientos de las autoridades, también revestidos de mármol al igual que el «proscenium».

13. Teatro de Mérida. (Escena)

Los mármoles que constituyeron la decoración de la parte frontal de la escena son magníficos; el decorado estaba compuesto de órdenes de columnas corintias con fustes de mármol azul, basas y capiteles de mármol blanco, al igual que el entablamento y las estatuas de los intercolumnios, que representaban a Ceres, Plutón, Proserpina, Baco, Venus, emperadores y magistrados. Según indica una inscripción, la escena fue reconstruida por el emperador Adriano (en el año 135 de nuestra Era), a quien se debe la mayor parte del teatro.



14. Teatro de Sagunto

El teatro de Sagunto tiene su «cavea» tallada en la pendiente de una colina, pero sólo se conserva el esqueleto por haber desaparecido en gran parte el revestimiento de sillares de la gradería. Por los cimientos de la escena pueden rastrearse las trazas semicirculares de los ábsides en que se abrían las tres puertas o «valva» (regia la del centro y hospitalia las otras dos), por donde, según su categoría, salían a la escena los personajes de la obra que se representara. También son perceptibles a los lados del «pulpitum» o palco escénico en que se desarrollaba la acción teatral, los camerinos de los actores, que reciben el nombre de «choragia».



15. Caldas de Malavella. Termas

Las termas cumplían en la vida romana no sólo una función higiénica y médica, sino que eran lugares de reunión y esparcimiento. Hay que distinguir, sin embargo, las públicas, que solían estar en las afueras de las ciudades, de las privadas, que se disponían en las villas o casas de campo, y de las medicinales. De los tres tipos hubo ejemplos en España, aunque hoy sean pocos los restos conservados. En Itálica hubo dos termas públicas. Estaban divididas en dos departamentos: el de la izquierda para las mujeres y el de la derecha y el centro para los hombres. Cada uno de estos departamentos tenía un vestuario (apodyterium), palestras, baños calientes (caldarium), baños templados (tepidarium) y piscina de agua fría (frigidarium). Muchas de las actuales termas medicinales eran utilizadas ya en tiempos antiguos, como lo atestiguan sus nombres de Caldas o Termas. Así, Caldas de Malavella (Gerona) de cuyas termas subsisten la piscina del «frigidarium» con gradas para sentarse a su alrededor y restos de otras galerías; Caldas de Montbuy (Barcelona), Caldas de Reyes (Pontevedra), etc.



16. Termas de Alange. (Reconstrucción)

Pero lo más notable de las termas hispano romanas puede verse en los Baños de Alange (la romana Castrum Colubri), en la provincia de Badajoz, donde todavía están en uso dos cámaras circulares gemelas, cubiertas por cúpula perforada por un lucernario; la piscina ocupa el centro de la sala, con tres gradas en su torno y capacidad para un buen número de personas. En el muro cilíndrico se abren cuatro nichos en forma de ábside, que servían para desnudarse.



17. Arco de Bará. Tarragona

Para conmemorar victorias obtenidas por las armas, actos políticos, o para mostrar gratitud a determinadas personas, los romanos gustaban de elevar monumentos, a veces incluso suntuosos. Muchos de ellos fueron estatuas, pero de los que nos importa hacer mención aquí es de los de tipo arquitectónico. Estos fueron de tres formas distintas: trofeos (construcciones alegóricas), arcos triunfales y columnas, pero de la última modalidad no hay noticia de que se hiciera en España monumento alguno. De trofeos, sólo hay la noticia del que, en tiempos de la República, levantó Pompeyo en los Pirineos para perpetuar el recuerdo de sus victorias sobre Sertorio. Por lo tanto, solamente nos cabe hablar de arcos. Todavía pueden verse varios de estos monumentos levantados en honor de determinados personajes, y se tiene noticia de otros ya desaparecidos. Algunos tienen más bien el aspecto de puertas de ciudades que de monumentos conmemorativos, como ocurre con el que se levanta en medio del puente de Alcán-tara (Cáceres).



Se supone que los arcos levantados en las vías o calzadas marcaban límites territoriales. El arco de Bará, inmediato a Tarragona, señalaba el límite entre el territorio de los cosetanos y los ilergetes. Como el de Tito en Roma, es de una sola arcada entre dos pilares, cuyos frentes decoran con dos pares de pilastras corintias,

sobre las que descansa un sencillo entablamento, con una inscripción que dice haberse erigido por disposición testamentaria de Lucio Lucinio Sura, general de Trajano. Su altura es de unos 12 metros y hubo de ser restaurado en su parte superior a principios del pasado siglo. En la misma Vía Augusta en que se levanta el de Bará, se halla el arco de Cabanes (provincia de Castellón), reducido a dos pilastras áticas sobre las que apoyan las dovelas de un arco de medio punto, pero faltan las enjutas y el entablamento.

18. Arco de Medinaceli. Soria

En la antigua Ocilis (Medinaceli, Soria), probablemente en el límite entre el convento jurídico clunience y el cesaraugustano, se conserva un hermoso arco, compuesto por tres arcadas, una grande -la central-, destinada al tránsito rodado, y dos laterales, pequeñas, para los peatones. Los ángulos están decorados con pilastras corintias, que simulan sostener el entablamento. En el friso tuvo un epígrafe en letras de bronce, que hoy están perdidas. Tiene gran parecido con los arcos triunfales de Septimio Severo y Constantino, en Roma, y se estima como obra de la época imperial.



19. Arco de Cáparra. Cáceres

Entre las ruinas de la antigua Capera (Cáparra, Cáceres) existe en pie un arco muy original, en forma de templete cuadrado, con un arco en cada frente y su interior cubierto por bóveda de arista. Unas pilastras áticas con capiteles decorados y una columna en cada ángulo hacen suponer una coronación interesante y acaso una estatua como remate de este monumento único en España y que responde al tipo de los arcos de «Jano quadrifrons» de Roma. Fue erigido por M. Fidio Macer en cumplimiento de una cláusula del testamento de sus padres, según se desprende de la inscripción conservada en uno de sus pedestales.



20. Torre de los Escipiones. Tarragona

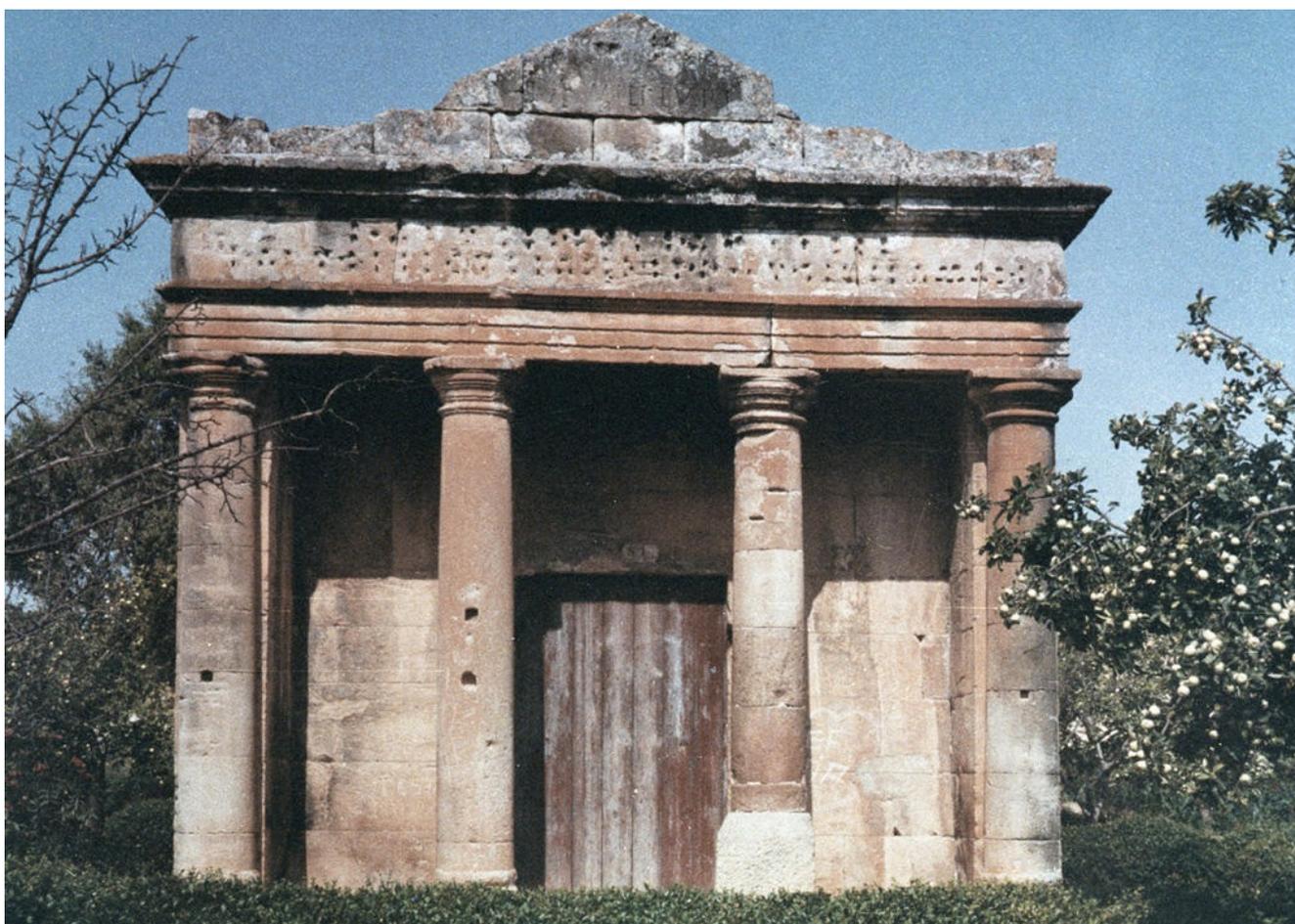
Los romanos practicaban simultáneamente los dos ritos funerarios: inhumación e incineración, aunque desde el siglo II antes de nuestra Era prevaleció la incineración. El tipo más sencillo de sepultura fue la fosa, para uno o más cuerpos, o el hoyo, para depositar en él la urna cineraria de barro. En algunos casos, hoyo o fosa se recubrían de baldosas que componían una caja, con cubierta a doble vertiente, formada de tejas planas. Sobre estas sepulturas se alzaba un sencillo monumento, que podría tener forma de ara, cipo, pedestal con estatua alegórica, o el retrato en busto del fallecido, o un sencillo templete. Gustaban los romanos de situar sus sepulturas a los lados de los caminos y muy cerca de las ciudades, según disponía la ley de las Doce Tablas; pero también se agruparon las sepulturas en algunas ciudades, originando verdaderas necrópolis, como las de Carmona (Sevilla) y Baelo (cerca de Tarifa), esta última con más de un millar de sepulturas. Del tipo de torre funeraria, que predomina en Levante, conocemos la llamada Torre de los Escipiones, junto a la Vía Augusta, a cinco kilómetros de Tarragona. Es de sillería y de planta cuadrada; se compone de un basamento y dos cuerpos separados por molduras, faltándole la terminación, que probablemente sería piramidal. En una de las caras del cuerpo central hay dos estatuas varoniles sobre pedestales a manera de telamones, vestidas con el traje ibérico (sagum) y cubiertas sus cabezas con el «cucullus» o capuchón; se trata, al parecer, de dos esclavos. Entre las dos estatuas se halla el epitafio de una dama llamada Cornelia, aunque para otros esta inscripción parece referirse a la familia Cornelia, a la que pertenecían los Escipiones.



En la provincia de Gerona se conocen otras cuatro torres funerarias (Vilablareix, Acuaviva, Lloret de Mar y Ampurias).

21. Templo sepulcral de Fabara. Zaragoza

Del tipo de templo dedicado a los dioses Manes son los mausoleos de Villajoyosa (Alicante), Fabara (Zaragoza), Corbins (Lérida), Manresa (Barcelona), Vilarrodona (Tarragona), Sádaba (Zaragoza) y Sagunto (Valencia).



El templete de Fabara es un pequeño templo «in antis», con la variante de que no son antas, sino columnas las que resaltan en la cabeza de los muros, las cuales, con otras dos interiores, componen un frente tetrástilo de orden toscano. El entablamento es jónico, con guirnaldas en el friso. En el frontón hay una lápida que declara que el monumento fue consagrado a los dioses Manes de Lucio Emilio Lupo.

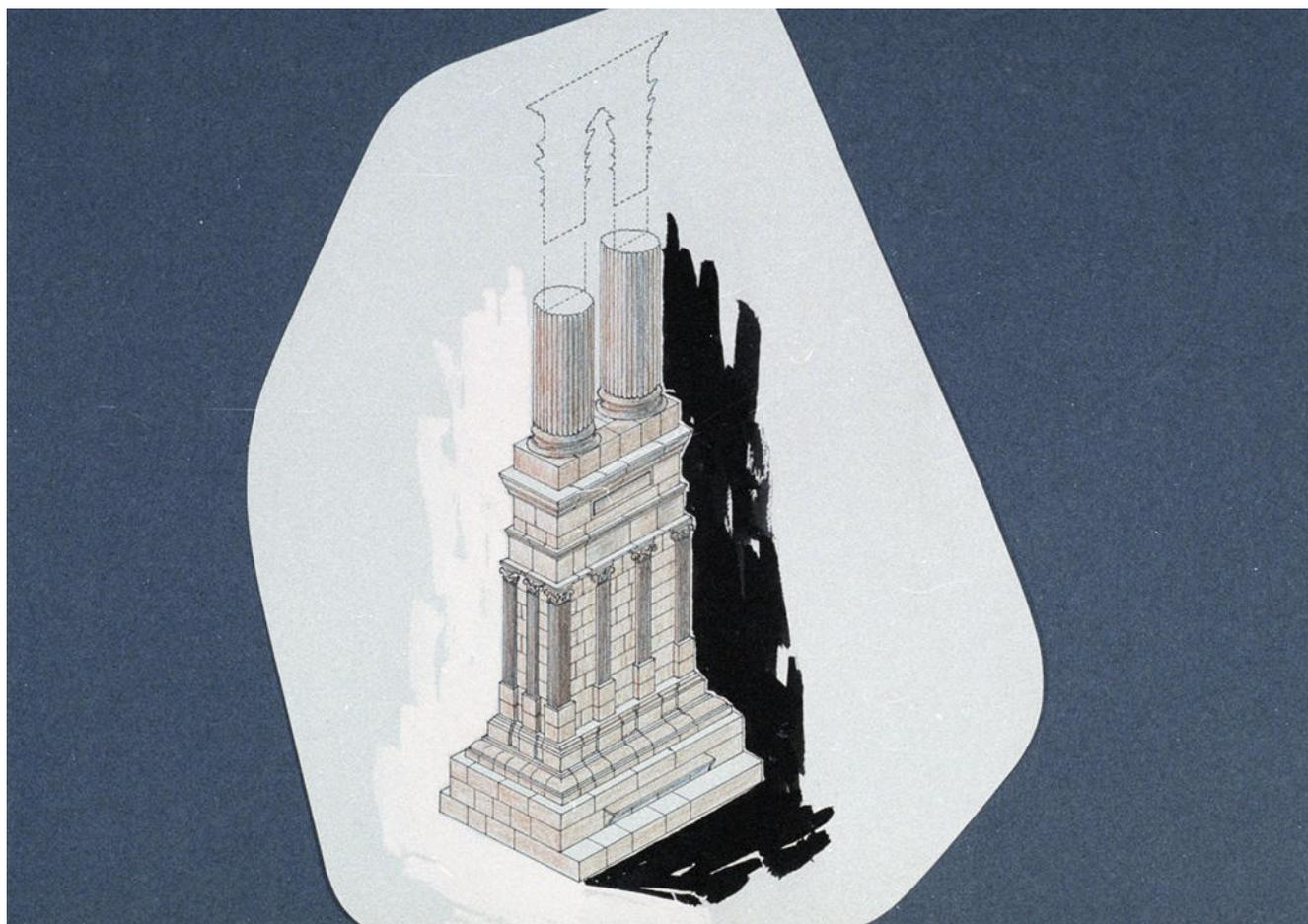
22. Sepulcro de Sádaba. Zaragoza

Del mausoleo de la familia Atilia en Sádaba (Zaragoza) sólo se conserva una fachada o frontispicio. Está constituida esta fachada por un basamento sobre el que se alzan seis pilastras decoradas, de orden compuesto, soporte de un gracioso entablamento coronado por un ático, en el que resaltan tres pequeños frontones. Las pilastras encuadran tres arcos ciegos, de medio punto, arcos que forman las hornacinas decoradas con guirnaldas, donde debieron estar los bustos de los personajes a los que, según las inscripciones, una dama dedicó este piadoso recuerdo. La construcción debe datar del siglo II.



23. Reconstrucción de templo funerario

En Zalamea de la Serena (Badajoz) existen restos de un edificio romano, que fueron aprovechados para construir la torre de la iglesia. Se ha pensado que fuese un monumento conmemorativo o funerario, aunque también pudiera tratarse de un templo por tener alto «podium» y tres columnas de ángulo.



24. Calzada romana

Para facilitar las comunicaciones y las necesidades militares y urbanas por todo el Imperio, realizaron los romanos multitud de obras públicas: caminos, puentes, acueductos, puertos, faros, etcétera. Sin duda, la realización más importante y beneficiosa de los romanos en Hispania fue su vasta red de calzadas, en general, de cinco metros de anchura, y dotadas de magníficos puentes para salvar el paso de los ríos. Muchos de estos puentes están todavía en uso, aunque han sufrido algunas reformas y consolidaciones.

El Itinerario de Antonino, que es un registro de las vías del Imperio, consignaba 372 calzadas, de las que 34 correspondían al territorio hispano, pero en él no están registradas todas las que se trazaron en la Península Ibérica.

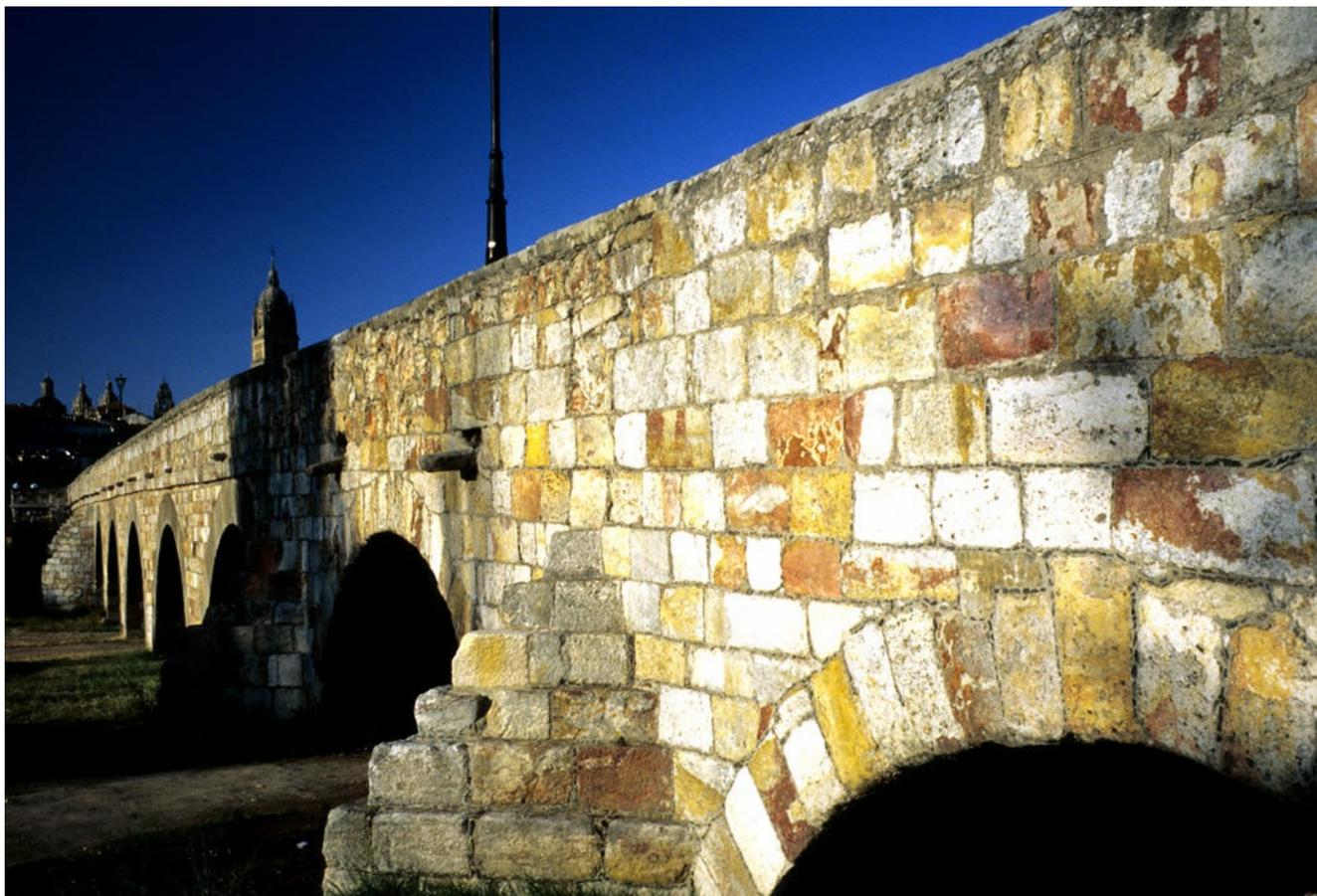


Arteria principalísima de la red hispanorromana de caminos y calzadas era la vía Hercúlea o Augusta, que, bordeando la costa, desde el Pirineo pasaba por Ampurias, Barcelona, Tarragona, Sagunto, Valencia y Elche hasta Cartago Nova (Cartagena). Desde Cartago fue prolongada luego hacia Lorca, Guadix y Granada, y por Córdoba y Sevilla hasta Cádiz, en tiempos de Augusto. Más tarde se continuó también por la

costa meridional, pasando por Almería y Málaga, hasta finalizar en Cádiz. De esta vía principal partían otras hacia el interior. De Barcelona había una que pasaba por Lérida y llegaba a Zaragoza, y de Tarragona otra que subía hacia Huesca, cruzándose en Lérida con la anterior. De Zaragoza partían otras cinco; de Pamplona, cuatro; de Palencia, otras cuatro. León, Astorga y Lugo eran, asimismo, punto de arranque de otras vías. Mérida era centro importante de comunicaciones, y, además de la vía que le unía con Lisboa, por ella pasaba la vía de la Plata, que terminaba en Astorga, después de atravesar Cáceres, Salamanca y Zamora. La Bética tenía también varias vías, siendo Córdoba y Sevilla los principales puntos de confluencia. Las calzadas estaban bordeadas de columnas miliarias, en las que se grababan, además de las distancias, los nombres de los magistrados o emperadores que las habían mandado construir o reparar.

25. Puente romano de Salamanca

El paso de los ríos lo salvaban los ingenieros romanos con puentes de sillería sobre arcos de medio punto y con entramados de madera. Tan importante red de caminos exigió la construcción de tantos puentes, que la mayoría de los existentes en España, anteriores al siglo XVIII, son de origen romano.



Restos romanos conservan, entre otros, los puentes de Salamanca, sobre el río Tormes; Córdoba, sobre el Guadalquivir; los dos de Toledo, sobre el Tajo; los de Mérida, Cangas de Onis, Alconétar, etc.

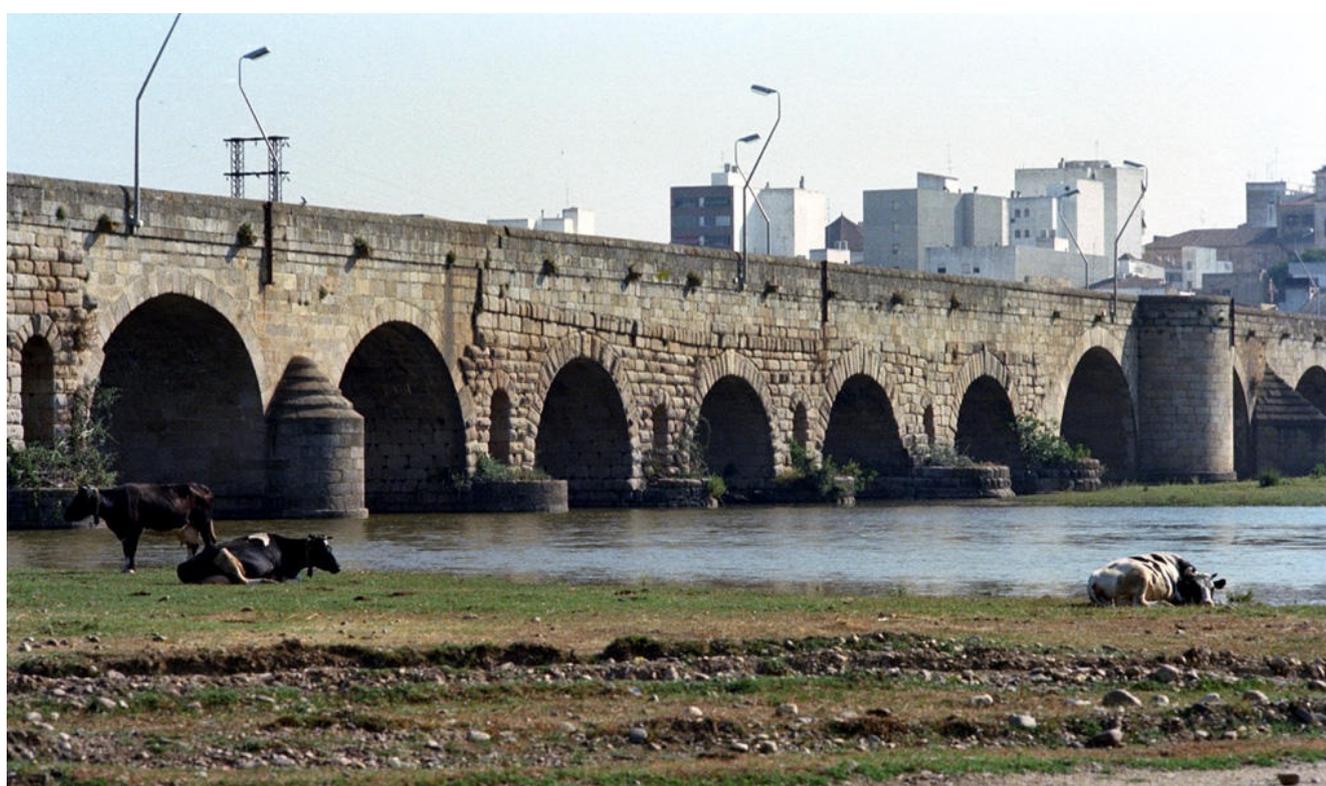
26. Puente romano de Alcántara

Pero ninguno tan majestuoso como el de Alcántara, sobre el río Tajo, en la calzada que desde Norba (Cáceres) iba hacia el noroeste. Es una de las obras de ingeniería más singulares y atrevidas de todo el Imperio romano. A la salida, sobre el dintel de un pequeño templo, un epígrafe ofrece el nombre del arquitecto, Cayo Julio Lacer, y del emperador que dispuso la obra, Trajano, hacia el 105-106 de nuestra Era. Fue costeadado por once municipios de la Lusitania. Formado por seis arcos de medio punto, su longitud es de 194 metros, con una anchura de ocho; la altura, en la parte central, asciende a los 48 metros, siendo en su totalidad de sillería de granito.



27. Puente romano de Mérida

El puente de Mérida, sobre el Guadiana, fue tendido en la parte más ancha del río, pero aprovechando una pequeña isla fluvial, por lo que más bien se trata de dos puentes en el mismo sentido. Su longitud -792 metros- es sorprendente. Tiene sesenta ojos y otros tantos pequeños sobre los tajamares para facilitar el paso del agua en las crecidas. Su fábrica, de sillería almohadillada, no es uniforme, por haber sufrido varias restauraciones. Parece ser construcción de tiempos de Augusto, dada su perfecta y robusta traza.



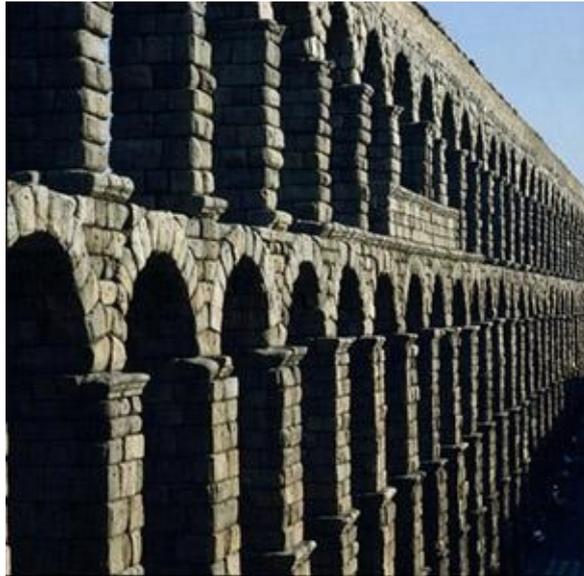
28. Acueducto de Segovia. (Vista general)

Los servicios de conducción de aguas y de saneamiento de las ciudades hispanorromanas son muy importantes, no sólo por la belleza de trazado y técnica de las arquerías de los acueductos, sino también por las mismas conducciones, el embalse y la canalización, a veces muy distante del acueducto propiamente dicho. Uno de los más importantes del mundo, y probablemente el mejor conservado y de más bella arquitectura, es el de Segovia, obra, según parece, del tiempo de Augusto, pues consta que existía ya en el siglo I.



29. Acueducto de Segovia. (Detalle)

Está construido a base de sillares de granito sentados a seco, es decir, sin argamasa intermedia. Tiene una altura de 30 metros en su punto más elevado, sobre el popular Azoguejo segoviano, y se extiende en una longitud de 813 metros, gran parte de ellos con doble arquería.



30. Acueducto de Tarragona

El acueducto de Tarragona, llamado «Puente de las Ferreras» y situado a cinco kilómetros de la antigua Tarraco, llevaba a esta ciudad las aguas del Gayá con un recorrido total de 25 kilómetros; el acueducto propiamente dicho está compuesto por una doble serie de arcos, de más luz que los de Segovia, pero algo menos elevados. Su longitud -200 metros- es también menor. Se atribuye su construcción a tiempos del emperador Trajano.



31. Acueducto de Los Milagros. Mérida

Menos importantes son otros acueductos, como el de las *Aquae Atilianae*, en Sádaba (Zaragoza), del que no se conservan más que algunos pilares; o el de *Hispalis* (Sevilla), cuyo recorrido era en parte subterráneo.



Pero en ninguna ciudad de España se encuentra un conjunto de construcciones hidráulicas tan interesantes como las de Mérida. La antigua *Emérita Augusta* tuvo tres conducciones de agua, con sus correspondientes embalses o pantanos, canales y acueductos para salvar los desniveles del terreno. El pantano de Proserpina embalsaba el agua que luego llegaba a la ciudad a través del acueducto de los Milagros (827 metros de longitud), hoy apreciable sólo en algunos fragmentos. Tuvo tres órdenes de arquerías, construidas alternativamente de piedra y ladrillo, con lo que, al destacar de la masa pétreo las fajas rojas del ladrillo, se consiguió un singular efecto decorativo. Tan importante como éste era el de San Lázaro, del que se conservan escasos restos. Del tercer acueducto emeritense se conserva, cerca del anfiteatro, un macizo que sostenía el «specus» o canal por el que llegaban a Mérida las aguas del pantano de Cornalvo.

32. Torre de Hércules. La Coruña

Los puertos, término natural de las calzadas principales, y medio de comunicación y exportación de productos mediante el tráfico marítimo, fueron también objeto de especial atención por parte de los ingenieros romanos. Puertos importantes fueron los de Tarragona, Mahón, Cartagena y Málaga, en el Mediterráneo, y los de Cádiz, Lisboa, Oporto y La Coruña, en el Atlántico. En Sevilla y Mérida hubo puertos fluviales.



A lo largo de la costa se establecieron faros, como la Torre de Hércules, en La Coruña, que aún subsiste, enfundado en un revestimiento del siglo XVIII. Durante la noche mantenían encendido fuego a base de leña, con lo que los navegantes quedaban advertidos de la proximidad de la costa. Su constructor fue el arquitecto Cayo Servio Lupo, y es una de las obras de este género más sorprendentes del mundo antiguo.



ERNESTO BALLESTEROS ARRANZ (Cuenca, España, 1942) es Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad Complutense y doctor en Filosofía por la Autónoma de Madrid. El profesor Ernesto Ballesteros Arranz fue Catedrático de Didáctica de Ciencias Sociales en la Facultad de Educación, además de su labor como enseñante en el campo de la Geografía, manifestó siempre un particular interés por la filosofía, tanto la occidental como la oriental, en concreto la filosofía india. Buena prueba de ellos son sus numerosas publicaciones sobre una y otra o comparándolas, con títulos como *La negación de la substancia de Hume*, *Presencia de Schopenhauer*, *La filosofía del estado de vigilia*, *Kant frente a Shamkara*. *El problema de los dos yoes*, *Amanecer de un nuevo escepticismo*, *Antah karana*, *Comentarios al Sat Darshana*, o su magno compendio del *Yoga Vâsishtha* que fue reconocido en el momento de su edición, en 1995, como la traducción antológica más completa realizada hasta la fecha en castellano de este texto espiritual hindú tradicionalmente atribuido al legendario Valmiki, el autor del Ramayana, y uno de los textos fundamentales de la filosofía vedanta.

Ha publicado también *Historia del Arte Español* (60 Títulos), *Historia Universal del Arte y la Cultura* (52 Títulos)